

Editorial

Qué hacer con las palabras de moda

En una época como la nuestra, en donde la apropiación económica abarca casi todas las dimensiones humanas, el último oasis por consumir es el atesoramiento especulativo de los sentimientos individuales y colectivos de las personas, antes que puedan ser experimentados singularmente.

Porque a estas alturas, los restos de una subjetividad desvencijada son controlados y mercantilizados en su relativa totalidad. Nuestras sociedades están saturadas de demandas cosméticas, de tatuajes, ofertas de rediseño y frivolidades estético-mánticas.

En el mundo intelectual y en el educativo, espacios cada vez más dominados por la industria cultural y del conocimiento, este proceso se manifiesta en el culto a las palabras de moda, casi todas tan ampulosas como impotentes.

Este culto es directamente proporcional al desprecio por los conceptos y a la confusión de la experiencia estética (de la presencia del mundo, de la naturaleza y del universo), con la histeria. A pesar de ello (de evitar las garras conceptuales), no se sale de la órbita alienante de un mundo dominado por una conciencia bizarra y estéril.

Este panorama no deja de ser un aspecto complementario y cada vez más obscuro del mundo del espectáculo, del consumo desenfrenado y de las mascaradas que producen aquellos que aspiran y luchan por sumarse a ello.

En los campos académicos, artísticos y culturales, mucho más inseparables de lo que se cree, estas manías se fusionan en una dinámica híbrida, tan desalentadora como inofensiva, que se cosifica en un amargo y confuso vedettismo. ¿Cuál será el revés de esta trama? ¿Cómo acceder a otra dimensión del ser y de la sensibilidad? ¿Realizando prácticas de vudú? ¿Transformándonos en gimnosofistas? ¿Asumiendo las serenas palabras del Gurú?

Tal vez ha llegado el momento de dejar las palabras en la punta de la lengua. Desnombrar, no insistir más en pretender domesticar esa dimensión impersonal, que nos exige la experimentación intensa de una presencia que no queremos asumir. Dimensión inaprensible, salvo en sus espectros y en los despojos que deja una voz.

Disolver las palabras gastadas antes de volver a decirlas, pensarlas sin arrancarlas del temblor de la voz y el balbuceo de la lengua es un comienzo. Resistirnos a las imposturas de la comunicación y al laconismo de las confesiones implica preservarse en lo anónimo verdadero. Hay que tragarse las palabras de moda no sin antes masticarlas, degustar su insignificancia y digerirlas hasta lo indecible, para redescubrir el silencio refrescante de su falta de pronunciación.

Renunciar al padecimiento de las palabras de moda y a la vanidad de lo ya sentido y reduplicado mil veces hasta el aburrimiento, invita a una profanación del sentido de lo dado.

Desandar el camino del discurso intelectual atestado de neologismos y cenotafios, se asemeja a un regreso a la coyuntura histórica donde coinciden la invención de las letrinas y el culto moderno a las gramáticas especializadas, con la finalidad de tomar el mando de nuestras excreciones y efluvios.

Porque las palabras en la punta de la lengua representan la penitencia de la imaginación obturada por un lenguaje sin el poder arcaico de sus intrigas. Realicemos con la lengua un ejercicio tántrico de retención seminal, para regenerar la fuente de una poética del porvenir. Porque la vida humana se apoya en el lenguaje como la flecha en el viento.

Nuestra revista con su nombre en el espejo quiere recorrer el envés de su trama. En suma, invita a tragarse las palabras de moda en función de aquello que vale la pena sostener en vilo, con la mirada y con la voz, porque todavía no tiene precio.

Aquello que dura en el tránsito del sentir impersonal al pensar de una tonalidad singular, en un sujeto que emerge entre sus prerrogativas como un duende que pasa. Pasaje de sonidos negros, que algunos quieren conjurar interponiendo un guión entre el signo pensar y su otro sentir, o juntando las dos palabras como si fueran fragmentos proporcionales de la vivacidad del espíritu.

Así creen poseer la pócima de la originalidad, pero el duende ya no está porque es su errancia. Hijo de Hermes, transita y anida en los umbrales de las metamorfosis, entre el desnacer y el bautizo de un fulgor. Porque entre el suspenso insondable del ser y el rapto, se halla un sujeto precursor que experimenta el trasiego de la fermentación del habla en la memoria.

Comerse las palabras no indigesta, por el contrario, libera el poder de la lengua contra la pereza, que alimenta y sostiene al discurso sacerdotal de turno. Sólo de esta manera es posible dar la voz a un pensar distinto y a las afasias producidas por las experiencias más dolorosas de una vida humana en el seno de la barbarie. No es otra la humana conditio, oculta detrás del velo de aquellos que la nombran sin experimentarla. Busquemos entonces la verticalidad del abismo para soltar la lengua y atravesar el espejo verbal de lo dado.

El Director